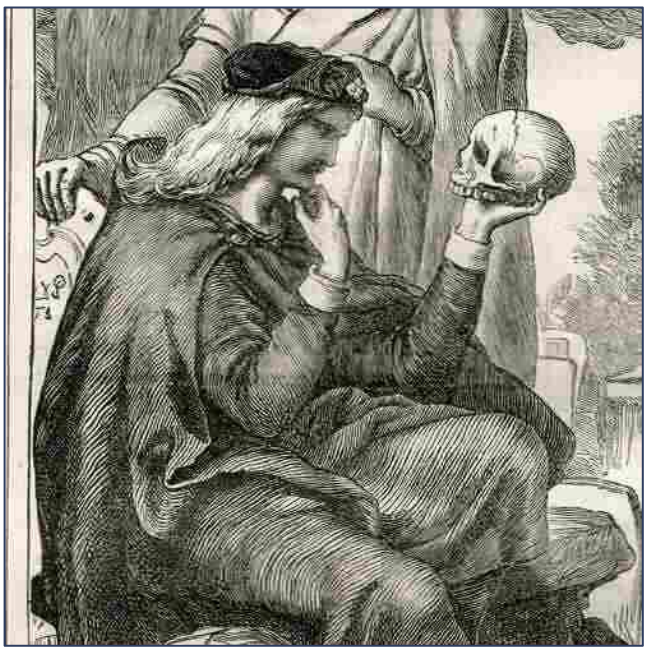
Nº 579
28
Enero
2022
Viernes

Ser o no ser

Enrique del Pino

A principios del siglo XVII el dramaturgo inglés Shakespeare puso en boca del príncipe de Dinamarca, Hamlet, la famosa frase «Ser o no ser», principio de un monólogo que dejaría huella en la literatura universal. Añadió, porque no le quedó otro remedio, que esa era la cuestión. Es decir, que dejó las cosas como estaban, o sea en la duda. No mucho después un francés llamado Descartes, que también estuvo sujeto a los avatares del no saber qué hacer, organizó un tinglado dialéctico de considerable tamaño para resolverlo, alcanzando a descubrir la que llamó duda metódica, a partir de la cual construyó una especie de programa para ir tirando, que le fue bien, pues con él se permitió decir que existía, porque pensaba. Pero la duda, la tremenda duda del Hombre sobre estos cascotes siguió sin resolver, porque la Realidad, ese monstruo que nos abraza, siguió asfixiándonos noche y día, digamos en su versión más mostrenca. Leibniz la desmenuzó y la llamó «mónadas» pero apenas consiguió una explicación de laboratorio. Nuestro Calderón, también en el XVII, hizo una gran aportación cuando dijo que el honor era cosa del alma y esta solo era de Dios. O sea, que se podía entender que lo real tenía dos caras, la excelsa, impenetrable, arriba las estrellas, y la humana, abajo en la esfera en que nos movemos. Después, llegó Hegel y dijo que todo era mentira, que las cosas reales lo eran transitoriamente, después se juntaban y se deshacían y producían una nueva forma, que a su vez era polo de otra serie interminable. Y así hasta el infinito, que el muy cretino supuso era él. Más tarde vendrían los románticos, los realistas, naturalistas, las pruebas, los experimentos, las van-



guardias... Y así hasta que un alemán introdujo una especie física en la conceptuación de la realidad, que llamó Relatividad. Es la ubre de que hemos mamado durante todo el siglo XX y aún en el XXI.

Al parecer, pocos se dieron cuenta de lo que eso significaba. Siglos tras siglos operando bajo supuestos clásicos, digamos platónicos-aristotélicos, dejando que la Filosofía se encargara de darle respuesta a esa cosa llamada Ser desde los griegos, y tuvo que ser un fugitivo del nazismo quien se encargara de introducir una noción física a la Realidad. O lo que era lo mismo: la duda desaparecía para siempre de los esquemas mentales. Las cosas de la vida serían como eran o como quisiéramos que fueran. Y todo porque el buen hombre había descubierto que, en el mundo, el mundo en el que él vivía, todo era relativo, contingente, aplicable, proporcional al estado de ánimo del individuo que lo contemplara. Desde entonces, fíjense bien, ya no se diría «ser o no ser» sino «ser o no quiero ser». La antinomia pasaba a los libros. La inclusión de la voluntad, que no lo olvidemos pertenecía al reino de Dios, en el debate de la realidad fue la llave omnímoda que velaría por nuestra conciencia sobre las cosas, es decir la realidad tal y como se nos presenta. Fue tremendo. Tras de Hiroshima fue horrible, pues en el serón de unos pocos años de «paz en el mundo», sobre todo la de Europa, desapareció la filosofía como tal y subió unos grados el «ensayo», que es lo que tenemos. Pero el ensayo, ha tenido también sus consecuencias, la más cruel arrogarse el mérito de haber domeñado la Realidad. Quiérese decir, haber fundido en la hoguera de las vanidades el misterioso mundo de la Duda que nos procuraba Vida.

Porque el Hombre, sujeto vil sobre la Tierra, se miraba a sí mismo y decía: «mis genitales son estos, y los de la mujer son aquellos», pero yo decido lo contrario. Yo quiero no ser lo que soy sino lo que quiero ser, y con arreglo a este patrón me cambio la ropa, el pelo, los pinchos, y no sé qué más, y aparezco en televisión diciendo que he salido del armario. Y esa es mi Realidad, no hay otra, y vengan ustedes a discutírmelo. Y por las mismas razones, o parecidas, yo que soy macho, amo al otro de enfrente, que también es macho, o fémina con fémina si es el caso. Y como soy relativo a carta cabal, decido, o decide ella, es igual, que el bebé que lleva en las tripas hay que asesinarlo, dado que en mi nueva concepción de la Realidad somos nosotros los que mandamos. Y un día, más al final, como este modo de vivir con achaques y precios de la electricidad inasumibles, y estoy harto ya de asistir a los entierros, le digo al Estado que me aplique sus leyes democráticas, quiero decir las de la

mitad más uno, y me mande al otro barrio, que es donde espero encontrarme con mi amigo de la Barca, que me decía hace ya siglos que en ese reino solo se hablaba de Dios. Porque en él, pese al señor Einstein, todo es Absoluto.

* * *

Sánchez, abrasado por su Joker

Pedro Sánchez tiene problemas en todos los frentes. Con sus socios de Gabinete, con las encuestas, con la economía, con Biden, con Marruecos... Ahora reaparece Iglesias el agitador

José Alejandro Vara *(Vozpópuli)*

La izquierda se ha caído del cartel en las autonómicas de Castilla y León. Estrepitosamente. Como esos matadores cobardones, han decidido quedarse en el hotel para no enfrentarse al endiablado morlaco. Poco se le va a ver el pelo a Pedro Sánchez y a Yolanda Díaz en la campaña del 13-F. La vicepresidenta comunista incluso se ha borrado del mitin final. «Problemas de agenda». La derrota está cantada, el cornalón, asegurado. Para PSOE y UP. Que trastreen los subalternos y que se lleven ellos el revolcón. «Estoy vencido, como si supiera la verdad», puede recitar el presidente del Gobierno en línea Pessoa.

La factoría de ficción de la Moncloa, que dirigen Óscar López y los Migueles de Prisa (Barroso, Contreras y viceversa), prepara ya el escenario after- batacazo. Otean el calendario que viene, con unas andaluzas que también amenazan desastre y, sobre todo, un 2023 erizado de urnas, quizás adversas. Se trata de recomponer la maltrecha figura del presidente a cualquier precio, de espantar el mal fario que parece haber aterrizado en su entorno tras la defenestración de Iván Redondo. «Operación empatía» han bautizado burlonamente los coleguillas del antiguo gran gurú la ardua labor de refacción que toca ahora acometer.

El primer intento resultó un fracaso sonoro. Fue un lifting en profundidad, con una purga implacable de los nombres más groseros y antipáticos del Gabinete (Ábalos, Carmen Calvo, el propio Iván...) y la recluta de un cuarteto de ministras jóvenes y sonrientes, las meninas de la nada, tan expertas en la cosa pública como Adriana Lastra en aggiornar su outfit. Se ensayaron performances inauditas. Sánchez acudió a una residencia de mayores, saludó en la calle a una señora perniquebrada y le firmó en la escayola, acarició cabecitas de escolares, visitó un centro de refugiados, consoló a alcaldes desesperados por los incendios..., sólo le faltó acompañar a algún doliente a Lourdes. Ni por

esas. Ni el guion resultaba convincente ni el protagonista, creíble. Es como encargarle a Boris Karloff el papel de San Francisco de Asís.

Tras el colosal naufragio, la cuadrilla de salvamento de Presidencia ha puesto en marcha la segunda oleada de este marketing para un milagro, con el mismo eje central, es decir, «Sánchez, mira que eres simpático», con otros argumentos de mayor calado político. Se desempolva y saca brillo al flanco socialdemócrata del PSOE, ya tan olvidado que parecía espejismo, y se disfraza al presidente con el templado terno de la moderación.

Por ahora, lo hemos visto en la sede de la Conferencia Episcopal saludando cristianamente al presidente de los obispos, al Yolada's style con el Santo Padre. Se ha puesto a las órdenes de la OTAN con pasmosa velocidad y ha enviado a la fragata Blas de Lezo junto a un par de cazas y a la ministra Robles en traje de operaciones, para salvar a Ucrania de las zarpas del oso Putin. Ha adecentado, con la anuencia de la CEOE y Bruselas, la reforma laboral del PP que los separatistas detestan y el propio Casado no traga, caprichos tiene el no saber. Ha sepultado las mesas de la vergüenza con los separatistas catalanes, ha ordenado a Marlaska que no asome la gaita hasta que se temple el ruido de la liberación de presos etarras, ha viajado a La Palma como trescientas veces (lástima que siempre se deja el talonario en casa) y, para rematar la escalada de sortilegios y bondades, hasta ha impulsado y apadrinado la vacuna española contra la pandemia.

Como el doctor Jeckill con el espantoso mister Hyde, Pedro el empático se empeña en doblegar a su propia naturaleza. O al menos, en camuflarla. El operativo para suavizar el perfil del presidente sigue candorosamente su marcha entre cierto escepticismo monclovita. Es arduo empeño transformar a un político narcisista, soberbio, prepotente, frío, discutido con la ética, enemigo de la verdad, de entrañas totalitarias y escaso de principios, en un personaje afable y risueño, amable y apreciado, cariñoso y popular.

En este angustioso cul de sac (culo de saco, que diría Trevijano, el republicano), se encontraban los ochocientos asesores del presidente cuando de repente reapareció Pablo Iglesias, la pieza que faltaba en el cotolengo nacional, olvidado en el rincón oscuro de las irrelevantes tertulias, voluntarioso monaguillo de Roures y miembro ya del club de las celebridades olvidadas. Su partido se hunde y ha saltado al rescate.

Ha retornado a escena con el ropaje de siempre, el de un Joker reconroso y agresivo, vocinglero y faltón, envuelto en una prosa rijosa y trasnochada, dirigida a un público menguante tras la escandalera del chalet de Galapagar. Iglesias es el elemento que necesitaba la Moncloa para consolidar la imagen de Sánchez erigido en un Batman salvador, el superhéroe irrepetible que no

sólo evitó la muerte de medio millón de personas durante la pandemia (así lo dijo) sino que se ha convertido en el ejemplo y guía de la socialdemocracia europea (su homólogo alemán, Scholz, no parece muy convencido). Con este Sánchez, sí, rumia su equipo de propaganda con la mente puesta en las generales de 2023/24. Iglesias es el Joker incendiario, radical, zafio, anclado en eslóganes pretéritos como el «no a la guerra», y padre prior de una secta que se quedó ya sin fieles.

Las manos se frotaban los sabios asesores presidenciales con la novedad, quizás previamente pactada. «Algunas personas quieren ver el mundo arder», clamaba Joker en El caballero oscuro. «La paz se construye sobre el sufrimiento de pueblos enteros», recitaba Iglesias en su etapa primigenia, violenta y feroz. La política es un juego de simetrías. Todo cuadraba. Osaron incluso emitir la escena del teléfono, una recreación improvisada y boba del Playback de Radio Futura. «Alguien dicta en la sombra y tú sólo mueves los labios». No llores por nosotros, Ucrania, que allá va el Buster Keaton de Tetuán a plantarle cara a Putin. Descacharrante cine mudo.

Hasta que de pronto, plas, la realidad tuvo la descortesía de hacerse presente. Joe Biden telefoneó a los líderes de media Europa (Polonia incluida) y se olvidó en su ronda del primer ministro español. Sánchez se quedó colgado al teléfono, como una caricatura de su propia caricatura. No pareció caer en la cuenta de que el juego del Joker puede colar como algo natural en la desnortada y algo tontuela opinión pública nacional, pero se olvidó de que en Washington no se fían ni de Podemos ni de los gobiernos con ministros comunistas dentro. Algo a lo que todavía Sánchez no ha puesto remedio. Si empiezan a llover bombas sobre Kiev ya se verá qué ocurre. O con la OTAN o con los morados. Por el momento, se ha quedado colgado de la brocha y con su Joker berreando. Próxima parada CyL. Preparen las brasas.

* * *

Nostalgia roja

«En el ánimo de los progresistas occidentales subyace una innegable añoranza ideológica que desprecia el ruso»

Guadalupe Sánchez *(elSubjetivo)*

Ha sido necesario que Europa se sitúe a las puertas de una guerra con Rusia para que el tradicional bienquedante se atreva a decir aquello que muchos llevábamos sosteniendo desde hace ya bastante tiempo a riesgo cierto de ser etiquetados de negacionistas del cambio climático: tras la célebre transición ecológica, hay mucho más de geopolítica que de medio ambiente.

Quienes han venido impostando con una mayor virulencia el ecologismo son los mismos que se muestran más tibios, cuando no sumisos, ante el autócrata asentado en Moscú, con el que la izquierda verde europea comparte una evidente nostalgia por lo que la URSS supuso en términos territoriales. Cierto es que, mientras que Putin lo hace guiado por el expansionismo consustancial a su ansia de poder absoluto, en el ánimo de los progresistas occidentales subyace una innegable añoranza ideológica que desprecia el ruso.

El punto exacto en el que confluyen las aspiraciones territoriales de Putin con la morriña comunista de nuestra izquierda es en la necesaria desestabilización de la Unión Europea, espacio en el que cohabitan con otros movimientos políticos y, cómo no, con el gigante asiático chino. Hay que reconocer que ni los burócratas bruselenses ni los respectivos dirigentes patrios se lo han puesto demasiado difícil: antepusieron la ideología a la tecnología, renunciando a la energía nuclear para abrazar el mantra de las renovables a pesar de que, a día de hoy, no son prácticas ni rentables. El resultado ha sido una dependencia impepinable del gas ruso.

Ejemplo paradigmático es Alemania, que tras el tsunami en Fukushima en 2011 decidió cerrar todas sus centrales nucleares –a pesar de que no se registraron muertes por radiación– y arrojarse a los brazos de empresas relacionadas con Greenpeace que, tras denominaciones verdes, inclusivas y/o veganas, comercializan energías en las que en torno al noventa por ciento de la mezcla la conforma gas importado de Rusia. No es de extrañar que la posición de los germanos ante una eventual invasión de Ucrania por parte de las tropas de Putin sea insultantemente equidistante. Por cierto, quienes suspiran ante la idea de un ejército europeo ya se pueden ir olvidando, porque los lazos energéticos que encadenan a algunos miembros de la UE a Moscú lo hacen inviable. Demasiados intereses contrapuestos.

Pero si hay una creación soviética que Vladimir Putin sí que ha sabido revitalizar y que en la actualidad goza de una excelente salud es la propaganda. Aquella tela de araña de favores e influencias que tejió Münzenberg en su día sobre la sociedad occidental para convencer mediante la persuasión intelectual a los incautos –y económica a los avariciosos– está más viva que nunca. Y aunque el modus operandi es muy similar, gracias al altavoz que ha encontrado en las nuevas tecnologías, concretamente en las redes sociales, su público potencial es mucho mayor y su capacidad para infligir daño en nuestras sociedades democráticas ha aumentado exponencialmente.

El que fuera propagandista de Lenin para después pasar a serlo de Stalin, se valió del Komintern para crear una red de información que controlaba emisoras de radio, periódicos, revistas, empleaba a periodistas y fundaba clubes y organizaciones, disfrazando muchas veces la conexión para que no fuese explícita. Este savoir faire es el que han reeditado tanto Putin como los chinos con el objeto de persuadir a la clase media occidental, que les preocupa mucho más que la de sus respectivos países, a la que han silenciado y maniatado. Saben muy bien que nuestros dirigentes se mueven a base de encuestas y de índices de popularidad.

Por eso sus satélites –o portalitos de Belén, como gusta denominarlos mi estimado Carlos Herrera– tienen como misión primordial asentar un estado de opinión favorable, utilizando para ello no sólo a los políticos o a los grupos mediáticos, sino a referentes culturales e intelectuales organizados en torno a fundaciones, think tanks, etc. O incluso recurriendo al famosillo de turno si fuera menester. No sorprende leer noticias de que tal o cual organismo dependiente de una universidad aboga por limitar las libertades civiles consustanciales a los Estados de derecho democráticos para combatir el cambio climático, o que la manera en la que China está enfrentándose a la pandemia, confinando a sus ciudadanos en algo que podríamos calificar como granjas de infectados, es mucho más efectiva que la europea.

El tirano paladea el miedo y nos seduce con mentiras ataviadas de seguridad. Pero no se engañen, porque tras el «no a la guerra» que escuchan durante estos días no subyace la convicción, sino la rendición. Los europeos nos jugamos mucho más que Ucrania.

* * *

Pedro Sánchez no es de fiar

Confío en que no pretenda el presidente informarnos de que es él quien lidera la ofensiva de la OTAN contra Putin. No por casualidad hablamos de Pedro Sánchez «El mentiroso»

Jesús Salamanca Alonso *(El Correo de España)*

Cuando se miente casi tanto como se habla, acaba uno con el mote de mentiroso. De Sánchez sabemos todos que lo es, pero tuvo que decírselo a la cara un vecino de Calvarrasa de Arriba, coincidiendo con la Conferencia de presidentes en Salamanca: «¿Es usted Pedro Sánchez "El mentiroso"?». Para tapar el agravio y los silbidos hacia su persona en la Plaza Mayor charra, le organizaron un paseo por Calvarrasa donde pensaban que la gente se pondría a sus pies. Pero, mira por dónde, un paisano soltó al presidente lo que es, sin tapujos, ni preámbulos ni protocolos. Y con ello quedó «crucificado per sécula seculórum» como mentiroso.

Engañó a la Unión Europea con la pandemia. Consintió la falsificación de datos sobre material sanitario, fallecidos y contagiados. Adulteró información sobre el crecimiento de España y su PIB. Mintió con las vacunas y divulgó mensajes como que era el Gobierno quien había provisto al país de ellas. Volvió a mentir a las CC.AA. con la corresponsabilidad. Acabó por desentenderse de la crisis sanitaria. Engañó a los isleños de La Palma con la pronta llegada de ayudas. Consintió que mintiera Yolanda Díaz sobre la reforma laboral, hizo la

vista gorda con el destrozo del escudo social y la pérdida de ayudas de miles de familias.

Pero ahí no acaba todo. Fue partícipe de bulos y más bulos en comandita con Marlasca y otros indignos ministros. Reiteró que no pactaría con los secuaces y herederos de ETA. Negó el acercamiento de presos y la ruptura de la Caja Única de la Seguridad Social. Ocultó y mintió en cifras de miles de fallecidos durante la primera ola de la pandemia. Y más, destaca por muchas más indecencias. Su narcisismo le hace incorregible, pero también despreciable para muchos españoles. Todo eso se conoce en la Unión Europea, además de su habitual trampantojo, postureo, falseo de información y recorte de libertades.

Se cree el dueño de la finca española y no duda en mandar «juguetitos» de guerra y militares al meollo del conflicto, sin comunicarlo previamente a la oposición ni informar al Congreso. Es evidente que el presidente Sánchez, dueño y señor del Falcon, no cuenta para ningún líder mundial ni presidente europeo porque saben que sus ministros (sobre todo los comunistas) informarían antes al dictador cubano que a Bruselas. Ya decía Lucas que «Si alguien es de fiar en lo poco, será de fiar en lo mucho; si es deshonesto en lo poco, será deshonesto en lo mucho (…)».

¿Quién se va a fiar de un personaje así? No se fían en Europa, no se fían en la OTAN, no lo ha hecho Mohamed VI, rey de Marruecos y tampoco se fía el presidente de EE.UU. Dudo que lo haga el rey de España. Por supuesto que a los

españoles nos da menos confianza que una zorra en un gallinero, un ministro catalán al cargo de la Caja de la Seguridad Social o un socialcomunista responsable de los lingotes del Banco de España. ¡Ni Putin se fiaría de él! No tienen más que comprobar el engendro montado por su chapucero equipo de comunicación en Moncloa; me refiero a la falsa pose con los teléfonos, incluso hablando por dos a la vez. ¿Se puede ser más trapacero?

Ha ayudado a degenerar la política de tal manera que sus socios, cuando tienen que responsabilizarse de alguna metedura de pata al estilo Garzón, lo primero que lanzan es aquello de «¡No voy a dimitir!». Saben que en Moncloa se acepta todo porque Sánchez es rehén del comunismo y de otros sectores nada regeneradores. Y tras observar las tretas engañosas montadas durante la campaña madrileña, con balas de por medio, no contarán con él ni para la espicha informal de la Cumbre de la OTAN en Madrid, allá por el mes de junio próximo.

Cuando en el mundo hayan visto las poses de divulgación de este último fin de semana, con camisa rosita, cartera ministerial, llamadas simuladas, videoconferencia con teléfono y un aparato en cada oído, lo primero que habrán pensado es que estamos ante un loco, un maniático, un paranoico, un narci-

sista, un sicópata o todo a la vez. Si alguien piensa que el presidente está preocupado por la movilización de hombres y armas rusos en las proximidades de Ucrania es que no le conoce.

El presidente Sánchez es tan absurdo en sus reacciones que, en cualquier momento, ordenará convocar una rueda de prensa para informar de que ha sido él quien ha terminado con el juguete militar ruso, incluso que va a recuperar Crimea. Seguro que no faltarán «tontilocos» que lleguen a creerlo a pies juntillas.

Confío en que no pretenda el presidente informarnos de que es él quien lidera la ofensiva de la OTAN contra Putin. No por casualidad hablamos de Pedro Sánchez «El mentiroso».

* * *

Iglesias y Putin revientan el proyecto de Yolanda Díaz

Los planes de la vicepresidenta se complican entre las amenazas del ruso, los avisos nada sutiles de Iglesias y un Sánchez al que cada día se le oscurece más el horizonte

Agustín Valladolid *(Vozpópuli)*

Yolanda Díaz lleva camino de convertirse en la reina de oxímoron. A la dulce amargura que debió provocarle el acuerdo para la no derogación de la reforma laboral del PP, le ha seguido el estruendoso silencio tras el que la vicepresidenta decidió resguardarse durante varios días para no tener que opinar sobre la posición del Gobierno ante una posible agresión de Rusia a su vecina Ucrania. Ciertamente, su posición no era fácil.

Si apoyaba la sobreactuación proatlantista de Pedro Sánchez corría el riesgo de ser desautorizada por sus correligionarios; de haberse alineado con el secretario general de su partido, Enrique Santiago, y otras figuras ilustres de Unidas Podemos, la amenazada era esa imagen de cabeza visible de izquierda transversal que con tanto esmero lleva meses cultivando, la de una nueva lideresa que se quiere situar entre la añoranza soviética de Pablo Iglesias y las tentaciones de derechización liberal (sic) del socialismo sanchista.

Yolanda Díaz salió tocada de la negociación con patronal y sindicatos. Otro paso en falso habría sido definitivo. Por tanto, el apoyo cerrado a las decisiones del presidente del Gobierno, aun tratándose de un asunto de tanta trascendencia, estaba descartado. El problema es que hay una parte de la izquierda, a la que Díaz pretende seducir, que se siente mucho más cercana a

Joe Biden que a Vladimir Putin. Incluso una izquierda que jamás apoyará con su voto a quien demuestre una mínima comprensión con el sátrapa ruso.

A Yolanda se le achica el espacio. No le viene nada bien esto de Ucrania, porque para lograr el sorpasso, hipótesis aventurada, de aventurero, por Iván Redondo, necesitaría el voto de esa izquierda más templada, algo que obligaría a cuadrar la casi imposible ecuación de tomar distancia con los de Iglesias sin que Podemos le niegue a la vicepresidenta el respaldo de su malla electoral.

Como muy bien ha señalado en este periódico Gabriel Sanz, Yolanda Díaz corre el riesgo de ser víctima de su propia ensoñación, de confundir valoración con respaldo social, de caer en el «síndrome Albert Rivera» y confundir deseos con realidad. Sí, Rivera se equivocó, pero después de crear a partir de la nada un partido que a punto estuvo de sustituir al PP como alternativa.

Una equivocación inducida por los hechos. ¿Qué ha hecho hasta ahora Díaz, más allá de fabricarse una imagen que tiene un punto de artificiosa y que despierta más de un resquemor entre sus compañeros de coalición? Después de renunciar a la derogación de la reforma laboral del PP, en un meritorio ejercicio de pragmatismo, ¿cuál va a ser el siguiente paso de quien anunció su intención de abrir una «conversación con la sociedad española» y a la primera dificultad, cuando de verdad se ve la consistencia de un dirigente político, lo único que se le ocurre es ponerse de perfil y pedir auxilio a los sindicatos?

Si Putin supiera el flaco favor que le puede hacer a Yolanda Díaz seguro que se piensa dos veces lo de invadir Ucrania. La figura de la vicepresidenta se difumina a ojos vista entre las amenazas del ruso, los avisos nada sutiles de un Pablo Iglesias que no lleva bien eso de que Yolanda, a quien su dedo designó como heredera, no le consulte cada paso que da, y un Sánchez al que cada día se le complica más la existencia y necesita soltar lastre si quiere tener alguna posibilidad de llegar sano y salvo a julio de 2023 (mes en el que arranca el semestre de presidencia española de la UE). Dicho de otro modo: para seguir vivo, debería ir pensando en una rectificación en toda regla de su política de pactos o, más probable, en un adelanto electoral.

La postdata: «Con estos mimbres no aguantamos»

Confesión casi textual de un alto cargo del Gobierno: «La crisis de Gobierno de julio ya está amortizada. El presidente dijo que se iniciaba un tiempo nuevo y lo que hoy tenemos, tras la salida de Ábalos y Carmen Calvo, es un Ejecutivo sin pesos pesados que sirvan de muro de contención, a pesar de los esfuerzos de Bolaños, y unos ministros-junior a los que la situación actual les viene grande, cuando lo que ahora se necesitan son tipos curtidos en mil batallas. Entre los veteranos hay un poco de todo. Lo peor es que Calviño está per-

diendo crédito en Europa, Escrivá tiene la Seguridad Social hecha unos zorros, Montero es un desastre organizativo y de Grande-Marlaska mejor no hablar, ha conseguido ser el único ministro del Interior de la democracia que, de entre los miembros del Gabinete, ocupa el último lugar en valoración ciudadana. Solo se salvan Robles, Planas y Albares, que sabe de qué va lo suyo. Con estos mimbres, o Sánchez da un bandazo o no aguantamos».

* * *

Las lágrimas del músico que ve arder sus instrumentos a manos de los Talibanes

Estos fanáticos asesinos han prohibido la música por considerarla «no islámica» de acuerdo con su brutal y perversa interpretación del Corán

Angeles Conde Mir *(Aleteia)*

Desde que en agosto de 2021 los Talibanes terminasen haciéndose con el control total de Afganistán, muchas han sido las atrocidades reportadas y documentadas a las que el mundo está haciendo oídos sordos.

Todo ello, pese a que este grupo de asesinos intentó lavar su imagen asegurando que lo que querían era devolver la paz a Afganistán y, para ello, aplicarían una amnistía general.

Nada más lejos de la realidad. La violencia se ha multiplicado y la economía afgana ha caído en picado. La ONU estima que 40 millones de afganos ya pasan hambre y que de ellos 9 millones han llegado al límite. Alerta además de que el hambre en Afganistán ha alcanzado en pocos meses a niveles nunca vistos en los 40 años precedentes, los mismos que lleva el país en guerra.

Las mujeres no pueden trabajar y muchas madres de familia solas han tenido que recurrir a la mendicidad. En otros casos, todavía más sangrantes, hay familias que han vendido a uno o dos de sus hijos para poder dar de comer a los demás.

El periódico británico *The Guardian* contaba hace pocos días el caso de una madre que, después de vender a dos de sus hijas, había tenido incluso que vender un riñón para mantener a sus dos hijos varones enfermos y pagar las facturas médicas pendientes. El sufrimiento físico y psicológico de estas personas es extremo.

Porque la llegada al poder de los Talibanes, un grupo terrorista de asesinos y fanáticos, ha sumido a los afganos en la oscuridad. Y, sobre todo, a las afganas.

Ellas continúan manifestándose valerosamente contra este grupo radical que pretende la aniquilación total de la mujer en la vida pública. Muchas de ellas han sido asesinadas o atacadas en represalia por haber defendido sus derechos, como es el caso de Tamana Paryani. Otras como Alia Azizi, funcionaria de prisiones, permanecen desaparecidas.

Y, aunque parezca anecdótico y menor, los Talibanes también han sumido a todo un pueblo en el silencio porque han prohibido la música, como ya hicieran hace 20 años cuando tomaron también el poder por la fuerza. Tan solo están permitidos los cantos religiosos.

Por eso, los miembros del Afghanistan National Institute of Music (ANIM) y sus familias tuvieron que huir apresuradamente del país vía Qatar hasta recalar en Portugal para salvar sus vidas, pues habían cometido el pecado de ser músicos.

Si de algo sirven plataformas como Twitter es para ver la realidad de muchos lugares donde no son bienvenidos los periodistas ni hay luces y taquígrafos. Hace unos días se viralizó un vídeo que muestra el enésimo atropello de los Talibanes contra la libertad y los derechos, aunque sea el derecho de escuchar e interpretar música.

El vídeo fue grabado en la provincia de Paktia, cerca de la frontera con Pakistán, y muestra a los Talibanes burlándose de un hombre que llora desconsolado al ver cómo sus instrumentos musicales quedan reducidos a cenizas. Parece que le han pegado y después le han obligado a prender fuego a los instrumentos y a mirar mientras se consumen.

A finales de agosto, nada más hacerse con el poder tras la salida de EE.UU. y otras potencias, los Talibanes dejaron claro que no iban a permitir la música por ser algo «no islámico». Lo hicieron asesinando a sangre fría en Andarab, al norte de Kabul, al músico Fawad Andarabi, especialista en música tradicional. Lo mataron solo por el hecho de ser músico. Por si no fuera poco acabar con vidas humanas y someter a todo Afganistán al sinsentido de su brutal interpretación del Corán, además pretenden arrasar con la cultura y tradición de un pueblo milenario.

No se engañen. Nadie ha elegido a los Talibanes en Afganistán. No gobiernan legítimamente y el resto del mundo no debe aceptar que una banda de asesinos guíe por la fuerza y la violencia el destino de todo un pueblo; aunque sea por la egoísta razón de que, si lo permitimos hoy, mañana un grupo así podría gobernar su país.

En Internet de forma gratuita y en varias plataformas de vídeo tienen a su disposición numerosos documentales sobre la historia de Afganistán con testimonios sobre cómo era el país en la década de los 60; una nación, dicen muchos afganos, que tenía todo para ser feliz y «de la que nadie se quería ir».

* * *